



Los Juegos de los dioses

Lucha y desafío. Los atletas de la antigua Grecia competían para emular a sus divinidades, recibir honores y lograr cuantiosas recompensas

LUISA IDOATE



Convergen y divergen. Están enraizadas y son diferentes. Las Olimpiadas modernas rinden tributo a las de la antigua Grecia. No las imitan, las reinventan. París las celebra por tercera vez entre el 26 de julio y el 11 de agosto. La muestra 'El Olimpismo: una invención moderna, un patrimonio antiguo', del Museo del Louvre, cuenta cuándo, cómo y por qué nacieron. A través de piezas arqueológicas bucea en sus raíces, en los torneos donde los griegos del siglo VI aC emulaban las proezas de los dioses y de los héroes de la 'Iliada' y la 'Odisea'. Les impulsaba la necesidad de luchar, rivalizar y combatir que les identificaba y determinaba su pertenencia a la comunidad. Ese espíritu de lucha y desafío está en el lema de los actuales Juegos Olímpicos: 'Citius, altius, fortius', más rápido, más alto, más fuerte.

Homero es el primer comentarista deportivo conocido. Narra los juegos que Aquiles dedica a su amante Patroclo, asesinado por Héctor en la guerra de Troya. Esos festivales, en origen funerarios, proliferan en Grecia entre 776 aC y el año 393, cuando el emperador romano Teodosio implanta el cristianismo y los prohíbe por paganos; aunque algunos retrasan la desaparición un siglo y la relacionan con la caída de Roma.

Los festivales se celebran cada

cuatro años. Se impone en Grecia una tregua inviolable, desde siete días antes de la inauguración a siete después de la clausura, para que todo hombre libre pueda participar. Cinco destacan sobre el resto. Los Olímpicos y los Nemeos, consagrados a Zeus, coronan a los ganadores con olivo y con apio; los Píticos de Delfos, dedicados a Apolo, premian con aros de laurel; los Ístmicos de Corinto se brindan a Poseidón y galardonan con tocados de pino; y los Panatenaicos de Atenas se ofrecen a Atenea y homenajean con diademas de olivo. De vuelta a casa, los premios se multiplican: atriles, cántaros, aceite, caballos, esclavos, comidas, dinero, asientos preferentes, exención de impuestos. Según Diodoro de Sicilia, a Exéneto de Acragante lo reciben sus vecinos con «300 carros tirados por caballos blancos» tras vencer en Olimpia en 412 aC.

Mezclan religión, deporte, arte, filosofía, música; ocio y negocio. El matemático Pitágoras (570-490 aC) los compara con la vida, porque en ambos casos hay personas que persiguen honores, codician dinero y ansían conocimiento. Su percepción encaja con el variopinto público: comerciantes, alcahuetes, actores, músicos, políticos, personalidades, acaudalados, videntes, prostitutas. Todos pululan por los



santuarios donde se celebran, con una zona sagrada dedicada al dios correspondiente y otra profana para los atletas. Hay visitas guiadas para admirar las grandes esculturas de los templos, como el 'Hermes' de Praxíteles, el 'Zeus' de Fidias y el 'Auriga' de Delfos; y detallados textos para recorrerlos, como el de Pausanias que el arqueólogo Ernst Curtius usa al excavar Olimpia en 1875.

Los intelectuales asisten porque no hay mejor altavoz ni promoción para sus obras. Hasta 60.000 personas se reúnen en Olimpia, entre ellos historiadores como Herodoto y filósofos como Platón, Empédocles y Quilón, que, cuentan, muere de alegría tras ver ganar a su hijo en lucha. Aunque, al parecer, ninguno levanta tantas pasiones como Apolonio de Tiana, 'el Jesús pagano', que, según Filóstrato de Atenas, era políglota, adivino, sanador y, para muchos, inmortal. Nada de esto